

C'est le dcstin. Il faut une proie au trepas.
 Il faut que l'herbe tombe au tranchant des faucilles.
 Il faut que dans le bal les folâtres cuadrilles.
 ¡Foulent des roses sous leurs pas!

Somos crueles, somos criminales. Dumas decía: « cuando un hombre golpea á una mujer, siempre venga á álguien. » Si nosotros amáramos, bien podríamos decir: cuando una mujer traiciona á su amante, venga á otra.



LA SONATA DE KREUTZER.

El Administrador de Correos de Nueva York (literato desconocido), ha dispensado al conde León Tolstoi la alta honra de prohibir su novela « La Sonata de Kreutzer. » En una sociedad que no se singulariza, ciertamente, por la fidelidad conyugal, parece extraño que se ponga veto á la venta de un libro que habla de adulterio. Y más extraño parece todavía que el Director ó Administrador de Correos sea el juez supremo en estos asuntos de moral.

Si ese caballero es un puritano que no transige ni hace transigir con las intemperancias y osadías de la novela moderna, le aconsejaría yo que renunciara el puesto, para no ponerse en pugna con su conciencia. Sí; ese señor no nació para Administrador de Correos. Hay que decirle lo que Hamlet dijo á Ofelia: *¡Vete á un convento!*

Casi todas las novelas que se publican en París son inmorales, ó mejor dicho, hablan de cosas que no son para dichas. Las que no son inmorales, generalmente son tontas, con excepción de algunas como « El Abate Constantino » de Ludovico Halevy, otra de Feuillet, y las *Marinas* ó paisajes, de Loti. De modo que si el Director de Correos en Nueva York se propone impedir la lectura de novelas inmorales, vale más que resueltamente no dé pase á ninguna de las que se publiquen en Europa. Suelen ser muy morales las novelas inglesas, de autoras contemporáneas; pero estas no viajan, nadie las lee. De las españolas han de parecer perversas al Director de Correos las últimas de Pérez Galdós; así que, en obvio de mayores dificultades, lo que debe decir y promulgar como decreto, es lo siguien-

te: «Para guardar la inocencia de los yankees y de las yankees, se prohíbe en los Estados Unidos la lectura de toda novela que no sea Pablo y Virginia.

Miremos ahora el cuerpo del delito: la «Sonata de Kreutzer.» La publicó en París hace muy poco un diario católico y de muy buen tono, el *Figaro*. La han leído, por tanto, las damas aristocráticas y hasta los confesores de las damas aristocráticas. ¿Cómo no causó escándalo en esos círculos relativamente honrados, el libro de Tolstoi? ¿A tal extremo de corrupción habrá llegado la sociedad parisiense? ¿Necesitará que los yankees la moralicen y depuren? ¿El libro del novelista ruso es realmente inmoral? Este es el punto que me propongo examinar muy de pasada.

La «Sonata de Kreutzer» es, en resumidas cuentas, una formidable requisitoria contra la indisolubilidad del matrimonio. No es una novela: es un monólogo. El matrimonio, mientras el amor dura, es duro. Y sin el amor, es el monólogo de dos. Por eso es la «Sonata de Kreutzer» un monólogo.

El autor nos presenta el choque de dos electricidades. Hay dos personas condenadas á vivir juntas y que se aborrecen por lo mismo que la ley oblígales á amarse. El odio de ambas, represado y comprimido, aprovecha la menor juntura para salir y manifestarse. Ayer fué un *beefsteak* mal hecho; hoy es una vela que no está encendida á tiempo; mañana será un perro que ladra, un plato que se cae. De cuando en cuando el eterno tentador y la eterna necesidad, aproximan á esos dos enemigos. Pero—y en ello está precisamente el mérito físico-fisiológico de la novela,—de ese encuentro fatal nace en seguida el rayo, como del choque de dos nubes densamente cargadas de electricidad negativa y positiva. La naturaleza junta por un instante á esos dos contendientes, y después ambos sienten vergüenza de haberse necesitado. Fueron cómplices de un delito momentáneo . . . y se detestan.

Guerra terrible es la que narra el conde Tolstoi! Es la guerra de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes. La misma futilidad de los movimientos que ocasionan cada crisis, cada batalla entre esos dos esposos, marca la intensidad del odio que se tienen.

Y ¿odio, por qué? Porque están irremediabilmente juntos; porque no pueden separarse.

¿Este es el matrimonio?—se dirá.—No, por cierto, pero este es un matrimonio; uno de tantos matrimonios: dos hermanos siameses,

que no son hermanos, y á los que ha pegado y soldado para toda la vida un precepto social.

Dada esta falta de amor, es lógica, enteramente lógica, toda la conducta del marido. El dió á la mujer su nombre, la honra, la fortuna; se dió á ella hasta la muerte, y cuando observa que se equivocó, que no había comprado lo que se propuso comprar, y que ya su vida, toda su vida, estaba entregada como precio de la compra, se rebela rabioso, no contra la sociedad que no tiene cuerpo, que no tiene boca para responder ni manos para reñir, sino contra la esposa que es el cuerpo del delito y que puede proporcionarle el placer de un altercado. Es como el niño que se descalabra al dar con la cabeza en la pared y que, en seguida, golpea furioso la pared, haciéndose más daño. Esto es ilógico, pero humano.

No veo que la tesis de esta novela sea inmoral. El autor no dice,—así son todos los matrimonios,—sino:—Hay matrimonios así. Y ¿qué consecuencia se desprende de este ejemplo? Pues la de que el hombre y la mujer antes de unirse con perpetuos vínculos, deben conocerse, estudiar y reflexionar con mucho seso si la unión les conviene.

Son demasiado *naturalistas* algunos detalles de este libro; pero en ningún caso lo son tanto como los que abundan y menudean en las novelas de Zolá, en las de Maupassant, ni mucho menos en las de Catulo Méndez. Las de este último escritor sí son inmorales, por cuanto á que no entrañan lección alguna, y sí presentan cuadros libidinosos que excitan la imaginación y provocan al vicio. Catulo Méndez, con todo su talento de artista, que es bien grande, pinta siempre muy bonito lo que nunca es feo, pero siempre es perjudicial.

En Tolstoi no hay voluptuosidad; él no halaga los sentidos; no habla á los ojos con líneas ó colores, va derecho al pensamiento. Y sorprenden sus obras, porque hay en ellas una franqueza ruda, semi salvaje, á lo que no estamos habituados. Parece carne cruda lo que escribe. Chorra sangre y él no se cuida de ponerle salsa.

Ved como anatomiza Paul Bourget: es un cirujano elegante. Tolstoi no: corta con el cuchillo, como un carnicero.

Viene de las cavernas del pesimismo; surge tiznado de hollín; ha visto á muchos sufrir mucho; y no esconde su amargura; no envuelve sus dolores en el manto de la retórica; grita, y su voz imprecativa es como aquellas que oyó el Dante en el tercer círculo del infierno.

Esa voz ha asustado al pudibundo Administrador de Correos de Nueva York.

Clarín, el insigne crítico español, es el reverso de D. Juan Valera. Por el talento se parecen ambos; por la erudición, colijo que D. Juan es hermano mayor del tal *Clarín*, así como éste, junto á Valera, parece el mayorazgo, el más acaudalado en cuanto á gra-cejo y donaire; pero *Clarín* es el reverso de D. Juan, porque dice siempre lo que piensa, porque no alaba libros malos; en una pala-bra, porque no transige con los necios. Suele ser injusto; pero siem-pre es franco. Es muy amigo de Campoamor; pero es más amigo de la verdad. Y cuando Campoamor la echa de filósofo, cuando es-cribe tratados de «Poética,» Alas ó sea *Clarín*, dice al maestro: mi admirable amigo, Ud. no nació para eso. Y lo malo, para Campoa-mor, es que *Clarín* tiene razón. ¡Qué Poética la del autor de las *Doloras!* No es colección de preceptos, es colección de paradojas sostenidas por andamiaje de sofismas. Para Campoamor todo es lí-cito: robarse pensamientos y frases, hacer versos cojos, violar todas las leyes de la gramática y de la retórica. Lo único que exige á los poetas es que tengan talento. Y en verdad que este requisito es in-dispensable; pero también hay otros á que tienen que sujetarse los poetas. En una sociedad civilizada no basta tener pelo: es preciso peinarlo. Si todos los poetas fueran como Campoamor, ricos de inge-nio, próceres del pensamiento, podríamos perdonarles las incorrec-ciones y los defectillos que menudean en los «Pequeños Poemas,» mas sin decir por eso que tales descuidos son bellezas literarias. La

poesía de Campoamor es bella, *madgré tout*, como es hermosa una mujer hermosa, aún antes de salir del tocador. Pero la misma dama nos parece más hermosa todavía cuando la vemos bien peinada y bien vestida. Desengañese al maestro: el agua y la retórica son útiles. Lavarse es conveniente.

¡Qué estragos causarían, si fueran aceptadas las doctrinas del gran poeta! como todos los versistas creen que tienen muchísimo talento, se juzgarían dispensados del menor aliño. Saldrían desnudos, por decirlo así. . . . y no todos los hombres están para salir desnudos.

Clarín combate estas paradojas, en su último folleto literario, titulado *Meseun*. Y también da uno que otro arañito á la Sra. Pardo Bazán.

Parece que en este asunto, en el de los arañitos, el crítico procede con alguna injusticia. Con alguna, no con mucha, y hasta tentado estoy de escribir que con poquísima injusticia. A *Clarín* le cargan las mujeres literatas. A mí también. Pero esto es porque generalmente, las mujeres son malas literatas. Y cuando son de las buenas, como Madam Staël, como Jorge Sand y como la Sra. Pardo, se convierten casi en hombres. Esto último es lo que repugna *Clarín* y lo que reprocha á la Sra. Pardo. Y en esta repugnancia es en lo que no voy de acuerdo con el crítico. Si la Sra. Pardo de Bazán es casi hombre, será eso una desgracia para el Sr. Bazán. Para mí, no. Es más, hasta quisiera que esa ilustre mujer fuera más hombre. Mujeres sobran. Hombres son los que hacen falta.

Puede la escritora gallega, ser fea; puede hablar con voz de cabo primero ó de sargento; puede gastar bigote y barba; puede fumar pipa: esos serán defectos que le encuentre su marido; pero yo que no soy su marido ni su enamorado, sino su lector, lo único que puedo exigirle, es que piense y escriba bien, sea como hombre ó sea como mujer.

¿A qué sexo pertenecen las obras de la Sra. Pardo? Creo, con *Clarín*, que no pertenecen al sexo femenino. De éste son las cartas de Madame Sevigné, cartas del género maternal. De éste son las novelas de Doña María del Pilar Sinués de Marco, que parecen modistas, ó mejor dicho, costureras. Femeninas son también las leyendas de Mlle. Scudery, que saben á dulces de esos que las señoras hacen en sus casas. Pero no son femeninas las obras de Madame Staël, á la que todos encomiamos con la condición de no volver á

leerlas, ni son femeninas, aunque *Clarín* asiente que sí lo son, las novelas de Jorge Sand. Sí estoy de acuerdo en que Madame Staël fué más hombre que Jorge Sand; pero no digo que Jorge Sand fué mujer. Una mujer no emplea toda su vida en predicar contra el matrimonio, la empleará en engañar á su marido, en divorciarse de él para unirse á otro; pero en decir que el matrimonio es malo, ¡no!

Madame Staël, Jorge Sand, la Sra. Pardo, Madame Adam, George Elliot y algunas otras, pertenecen á un sexo que pudiera llamarse el tercer sexo. Y todavía hay otro cuarto, el sexo de las malas escritoras, que es el sexo tonto.

El tercer sexo es el de las escritoras de talento, el de las que *iban á ser hombres*. La Sra. Pardo pertenece á él. Por poco no es varón! Y eso poco que le faltó para que le salieran barbas á su inteligencia, es lo que echamos de menos en ella Leopoldo Alas y yo.

Clarín no explica bien el fenómeno. El dice: aquí hay muchísimo talento, pero falta algo. Y ese algo ha de ser la ternura de la mujer, la piedad, todas las virtudes que hemos convenido en atribuir al sexo débil.

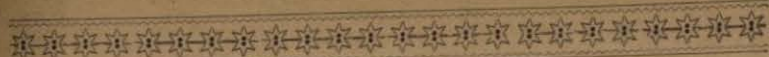
Y con efecto, no hay ternura; no hay fe, propiamente dicha, en las obras de la Sra. Pardo; no hay tampoco en ellas mucho amor. Ozamam, hablando de San Francisco, es más femenino, más creyente, más cariñoso, que la insigne gallega cuando trata el propio asunto. Lamartine, en cualquiera parte de sus libros, es más femenino que la Sra. Pardo.

Pero ¿esto es un defecto en ella? No, á mi juicio. ¿Por qué quiere *Clarín* que escriba ella como mujer? Si escribiera así, escribiría mal, como escribe la Sinués. No puede negarse que es muy mujer esta señora. Aconseja á sus hijos, ó sea, á sus lectores, que cumplan los mandamientos de la ley de Dios; que traten bien á sus señoras; que no se embriaguen; que no jueguen; que no cometan adulterio; habla de trajes, de peinados, de modas. . . . y porque es tan mujer no la leemos nosotros. La ternura, la caridad, etc., que pide *Clarín* á la Sra. Pardo de Bazán, la pediremos á nuestra esposa, á nuestras hijas; pero no á ella. Precisamente lo que en substancia queremos es que sea más hombre. Y también ella lo quiere. . . . solo que no puede!

Cuando escribe la *Cuestión Palpitante* ó sus conferencias sobre Rusia, no es bastante hombre; tiene temor á que le digan: — una señora como Ud., no debe decir eso. — Cuando escribe la novela un

Viaje de Novios ó la Vida de San Francisco, no es bastante mujer, porque quiere ser hombre. Y de esta incompatibilidad entre el talento y el sexo, nace el defecto que halla *Clarín* en tales obras.

Ya hablaré largamente de ellas, con pretexto de este último y precioso opúsculo del más franco y honrado de los buenos críticos españoles.



OCTAVIO FEUILLET.

El cable nos anunció hace muy pocos días la muerte del notable literato francés Octavio Feuillet. Sin llegar á codearse con los grandes novelistas ni con los grandes poetas dramáticos, sin sobresalir extraordinariamente de su generación literaria, tuvo Feuillet su lugar aparte y distinguidísimo en el arte. Representaba cierta literatura de buen tono, honrada sin ser gazmoña, cortés, galante, respetuosa, y sobre todo de exquisita elegancia. Más irreprochablemente honrada, más sencilla, más llana era la novela de Julio Sandeau, pero se parece á la de Feuillet como una madre buena, bella y cariñosa que puede parecerse en el carácter al hijo mimado, galanteador y un poquillo calavera. El arte de Feuillet nació de buenos padres, incapaces de cometer faltas graves y hasta algo devotos; fué envuelto en ricos pañales y entró al mundo, vestido de etiqueta, en noche de gran baile; pero ya el hijo pertenecía naturalmente á época distinta de la de sus progenitores, la juventud y el talento le favorecían para obtener lo que llaman en los salones «buena fortuna,» tuvo amigos, enamoradas, queridas. . . . ¡chist! seamos discretos! y sin jamás enfangarse en la prostitución disfrutó de ciertos goces. . . . que no fueron precisamente los de la familia. El talento de Feuillet tuvo un amigo predilecto, que lo sedujo con su gracia, con su garbo, con su varonil belleza, con sus locuras, con su porte de gran señor: el genio de Musset.—Ah!—se decía Feuillet probablemente—si yo pudiera ser como ese Alfredo!—Pero no podía ser así, en segundo

lugar, y permítaseme aquí invertir el orden porque no quería romper con sus amistades aristocráticas, renunciar á la sonrisa de las ancianas marquesas y á ser el compañero de wals de las marquesitas; y, en primero, porque le faltaba una condición indispensable para ser como Musset: el genio.

No prescindió, sin embargo, de imitar en algo al gran poeta, aun cuando sólo fuera en el modo de anudarse la corbata. Las *Escenas y Proverbios* de Feuillet son como tímidos remedos de las lindísimas comeditas de Musset. No fué émulo de este gran poeta el pulcro novelista; pero sí fué su enamorado. ¡Qué distancia los separa! Musset comenzó á ser inmortal cuando murió, Feuillet, fué en vida uno de los cuarenta inmortales que suelen no vivir después de muertos.

Yo siento que este delicado escritor haya muerto; y siento más creer que va á morir de veras, esto es, en la memoria, en la admiración, en el cariño de las generaciones que vengan y á las que él no encantó con su talento de pianista literario. Pero ello no será culpa de él que supo hacerse amar y que tuvo gran mérito, sino de esta formidable competencia, de esta excesiva producción literaria que estamos presenciando, de esta lucha por la vida intelectual en la que devoran los más fuertes á los menos fuertes y es preciso ser Hércules para sobrevivir. No puede exigirse de la posteridad que recuerde tan prodigioso número de nombres y les rinda culto.—No hay posada para tantos—nos contestaría,—como repuso un hostelero al portugués finchado que llama á la puerta, enumerando todos los nombres, títulos de nobleza y dignidades que él tenía. ¡No hay templos, no hay altares, no hay horneras, no hay nichos, no hay peanas, no hay creyentes para ese ejército de santos!—De suerte que, muchos, muchísimos, quedarán afuera, como la muchedumbre que se agolpa en la plaza, ante un palacio, para ver los balcones resplandecientes de las grandes salas en donde bailan ó cenan los privilegiados.

Y Feuillet estará entre esa multitud de no invitados. Lo digo con tristeza, porque el talento de ese autor me es muy simpático. Ya he dicho la palabra que me parece exacta y característica: *simpático*. Pero no simpático nada más por su buena presencia, por su galán aspecto, por la elegancia en el vestir, sino porque era esencial, aunque tímidamente, artístico.

La obra de Feuillet es de medias tintas. No pintaba él con colores sino con matices. Las heroínas de sus novelas son honradas á

medias. Quieren á ratos ser malas, ya van á caer; pero en ese instante crítico, aparece el Sr. Feuillet, que, en resumidas cuentas, es una especie de San Francisco de Sales, pecador y autor de la *Vida Devota* de la galantería; á la dama que tropieza, le da el brazo y se la lleva á su marido. Suele llegar tarde; pero, en tales casos, no cae la heroína por su culpa, sino por la de Feuillet que no supo ó no pudo llegar á tiempo. Y entonces, como él se considera en parte responsable de la caída, procura con mucha habilidad disculpar á la hermosa. . . . *distraída*. . . . y lo consigue.

Casi todas las heroínas de este novelista salvan su honor. . . . ¡por un cabello! Y casi siempre, por el único cabello que les queda á sus maridos.

¿Son buenas ó son malas esas encantadoras indecisas? No he logrado averiguarlo. Para mujer propia no me gusta ninguna de ellas. Y para otra cosa. . . . tampoco.

De esta perenne indecisión, de esta constante media luz, de lo escurridizo de tales caracteres, resulta acaso que las creaciones de Feuillet no pueden ser inmortales. Nunca se fijan. No se paran. Pero eso sí, son todas muy bonitas.

Algunas llegan á ser pecadoras y malas; feas ninguna. Feuillet las absuelve, las purifica con el agua lustral de la belleza. Nos dice—que ya están arrepentidas,—y nosotros lo creemos porque. . . . aquellas cantatrices cantan mal; pero con una boca tan bonita!

Si Dios hubiera consultado con Feuillet no habría hecho el infierno. . . . ó, en caso extremo, habría dejado el infierno para las feas. El *Musset de las familias*, como en algún tiempo le llamaron, quería ir al cielo con los santos y las santas, con los buenos y las buenas. . . . y con algunas pobrecitas pecadoras. La santa de su devoción fué seguramente Magdalena.

Y es de advertirse que este mismo temperamento de las amables heroínas es el de su creador. Quiere, pero no puede, ó se acobarda. Quiere ser Musset, tiende la mano y no alcanza. Quiere observar como Dumas hijo—no como Balzac que lo asusta—ser realista—nunca naturalista, porque eso es demasiado—quiere escribir novelas experimentales pero tiene miedo de que lo vaya á saber el romanticismo. En resumen, es un casado con la escuela romántica, cuando la señora está criando, suele cenar en *gabinet particulier*, con alguna dama. . . . enteramente naturalista.

Supongamos un cuerpo hermoso de mujer: Zolá llega y lo sacude

brutalmente; Paul Bourget, con muchísima delicadeza, le va sacando vísceras por vísceras, entraña, por entraña; Feuillet toma las pinzas, sabe de cirujano, va á hacer la autopsia. . . . pero se arrepiente, lo pica. . . . y luego lo acaricia.

Si hacemos un recuerdo de lo que Feuillet lega á las letras, no encontraremos obras, pero sí páginas admirables. Tampoco hallaremos nada feo, nada vulgar, porque todo lo suyo es bello y distinguido; pero el conjunto nos deja honda impresión en el espíritu. Acaso el personaje que viva más será ese M. de Camois, que muere antes de que empiece la novela dejando una carta que es todo él y toda una obra maestra de moral inmoral y paradógica.

Lo que siempre hallaréis en los libros del escritor francés recién salido de la inmortalidad académica, es un estilo terso, correcto, brillante á veces, siempre elegantísimo, que no se atreve á mucho, que no es muy lujoso, pero que cautiva y enamora. *La novela de un joven pobre*. . . . ¡qué bonita! *Salammó*. . . . ¡qué bella! *Los Miserables*. . . . ¡que hermoso! Muerto Feuillet, sus heroínas no pertenecerían á otro. Jorge Ohnet las quiere. . . . pero si para emular á Musset faltaba á Feuillet genio, para emular á Feuillet le falta á Ohnet ser artista.



LA CORONACION DE GUILLERMO PRIETO.

Mi buen amigo el joven y correcto escritor Antonio de la Peña y Reyes ha publicado en el «Liceo Mexicano» un buen artículo sobre la coronación del maestro Prieto.

La idea de hacer una manifestación de gratitud y de respeto y de cariño al viejo bardo, me parece excelente, y estaré porque se lleve á cabo, siempre que se pueda organizar una ceremonia digna del maestro.

En tesis general, y ya otra vez lo he dicho, no estoy por la coronación. No me parece necesario que un platero labre y cincele una corona, y que alguien coloque esta corona en la cabeza cana de un poeta viejo, mientras la banda militar rompa en un himno, para que el poeta entre en la inmortalidad. Este espectáculo es teatral, y sucede con él lo que con las comedias de magia: *Rothomago*, en un teatro de París, con hermosas decoraciones, hermosos trajes y cien hermosas bailarinas, es un espectáculo sorprendente; pero *Rothomago* en el teatro Arbeu, con los telones decrepitos de la *Pata de Cabra*, los trajes que visten los cómicos en el *Campanero de San Pablo* y las tres bailarinas con que aquí se cuenta—tuerta una de ellas,—y que son el reverso de las tres gracias, sería un espectáculo risible. Las coronaciones son comedias de aparato que han menester de empresario, y de que éste empresario sea un Pontífice ó un Rey. El pueblo es pobre; el pueblo no tiene dinero para comprar coronas ni para pagar música ni para construir tronos de oro; su música es de aplau-

sos y de gritos, y el trono que levanta á sus héroes, es el trono de sus hombros, y, sin embargo, esta coronación que ya mil veces ha logrado Guillermo Prieto, al triunfar en la Cámara, al terminar la lectura de una oda patriótica, al levantarse á defender los intereses más sagrados de la República; esta coronación tumultuosa, espontánea, entusiasta; esta coronación de gritos y sombrerazos (aunque la frase sea vulgar, es gráfica), vale más, mucho más que las coronaciones decretadas y oficiales. Al Aretino, poeta obscuro, nauseabundo y malo, rayano en pésimo, lo coronaron con solemne pompa. ¿Quién se acuerda hoy del Aretino? A Byron lo calumniaron, lo despreciaron, lo infamaron en vida. ¿Quién no admira á Byron?

Sí, estas coronaciones son como el veto imperial impuesto á la poesía. Creen los soberanos que pueden armar poetas como pueden armar caballeros. Piensan que les dan lo que ellos tenían ya de antemano. ¿Qué república ha coronado á los poetas? Una sola, la imaginaria república de Platón, y eso para desterrarlos. Lamartine no fué coronado, y Lamartine era Romeo de la república. A Víctor Hugo tampoco se le coronó; se le aclamó. Y la república hace bien: las testas ungidas por el genio no se inclinan. Los laureles que deben ceñirlas no se compran. ¿Quién pondría la corona en la cabeza venerada de Guillermo Prieto? ¿Un poeta? ¿Cuál? ¿Un alto funcionario destinado por el Gobierno? ¡Qué blasfemia!

A Petrarca lo coronó la voluntad de un Pontífice; á Quintana lo mismo que á Tennyson la voluntad de una Reina, y Reinas y Pontífices creyeron que agradaban, que favorecían, que coronaban . . . Y lo que procuraron fué hacer su tributario al genio; tomarlo como pretexto para llamarse protectores de las letras; uncirlo á su carro de victoria; obligarlo á ponerse de rodillas.

Coronar á Guillermo Prieto me parece inútil. El tiene muchas coronas suyas, no recibidas por decreto ni merced, sino ganadas en la lucha; y tiene además todas las coronas que haya conquistado la actual generación, que toda es suya. Recuso al tribunal que ha de otorgarle esa recompensa, porque Prieto sólo por sus iguales puede ser juzgado.

Pero si se trata de manifestar admiración y gratitud al viejo bardo, amado siempre de la joven democracia, seré el primero en procurar que se realice solemne tal idea. Acaban de coronar á Zorrilla en Granada, y en Zorrilla han coronado á una hermosa poesía muerta. Le llevaron flores, como llevan flores á un sepulcro. En la

poesía de Zorrilla alienta la España que ya no existe, con sus grandezas y fanfarronadas, con sus virtudes y sus vicios, con sus caballeros y sus truhanes. Pero esta poesía—pregunto yo—¿ha servido de algo en la evolución de España? Ya sé que el artista no está obligado más que á realizar la belleza, y por eso celebro que se tributen honores á Zorrilla; pero el artista que, realizando la belleza, persigue á la vez un ideal social; el que impulsa á los pueblos en el camino del progreso; el que sabe animar á los soldados en la lid, como los animaba el canto de Tirteo, ese es más grande . . . ese es Guillermo Prieto.

Compárese una vida con otra: la de Zorrilla es la del trovador que halaga y hechiza á la hermosa castellana con sus cantares y leyendas, y cena en el castillo y se va luego. Es una música que pasa. Zorrilla se me figura peregrino que regresa de la España morisca, de la España goda, de la España caballeresca, y que refiere, al amor de la lumbre, lo que ha visto; como los peregrinos de otras épocas referían lo que habían visto en Tierra Santa cuando de ella volvían. Pero Zorrilla habla siempre de muertos, del santo sepulcro de España. No inspira deseos de resucitar á los héroes á quienes canta: porque hoy encausaríamos al alcalde Ronquillo, se llevarían á Don Juan Tenorio los gendarmes, y Don Pedro I de Castilla tendría la misma reputación y el mismo fin que D. Rufino Barrios. Zorrilla canta á una pálida muerta; Guillermo Prieto, á una recién nacida: la libertad.

Este último tiene un concepto más elevado y comprensivo de la función del poeta en las sociedades modernas. No es el bufón que solaza ni el trovador que entretiene, ni el tañedor de lira que deleita: es el que entusiasma. A sus versos les dijo: ¡haced soldados! Y sus versos los hicieron. Ha sacudido los nervios de tres generaciones con sus odas. A la república le dijo: ¡he aquí mi genio! Y le dijo á la libertad: ¡toma mi vida!

¿Qué ha hecho Zorrilla? Versos muy hermosos. ¿Qué ha hecho Prieto? Inspirar en sus cantos el amor á la Libertad; enseñarnos con su ejemplo á que seamos honrados; educar, instruir, ser de todos maestro, porque su vida es una lección admirable.

Que Zorrilla acepte una corona, está en razón. El fué siempre cortesano de la riqueza. Prieto, que ha despreciado siempre la riqueza, no necesita de coronas. Tiene más.

El Sr. Campoamor en un artículo tan ingenioso y peregrino como todos los suyos, ha saltado recientemente á la palestra en defensa de la hermosa dama de sus pensamientos, de la amable poesía, puesta por algunos profanos á esa dueña rancia y quintañona que se llama la prosa. El poeta de las «Doloras» no transige con los prosistas, ni traga á los científicos, ni da cuartel á los filósofos; para él sólo merecen estimación y aplauso y fama, los metafísicos y los poetas, es decir, los poetas.

¡ Con qué paradojas tan lindas y con qué absurdos tan bellos nos regala el Sr. Campoamor en su artículo! ¡ Qué bien sienta al poeta el tono enfullinado en que dice, sin ir más lejos, y como para abrir boca lo siguiente:

« En el prospecto del nuevo periódico «El Ateneo,» publicado bajo la inspección de los presidentes de las secciones de *ciencias* morales y políticas, de *ciencias* físicas y naturales y ciencias históricas, se dice que se insertará toda producción referente á cualquier ramo de la ciencia, *sin desdeñar la poesía.*»

Francamente, empezar á publicar un periódico científico-literario, lanzando este desprecio contra la más divina de las bellas letras, me parece un gusto muy discutible y propio solamente de prosadores empedernidos que sólo por la bibliografía han podido llegar á saber que ha existido Horacio.

En el prospecto de «El Ateneo,» donde se promete admitir poe-

sía de limosna, están en prosa por derecho propio, todas esas ciencias que hemos mencionado, y que son ciencias en el nombre porque así las ha bautizado en alguna Real Orden, cualquier ministro que creyó que podía decretar la victoria, como Felipe II cuando escribía: «Marqués, tomad á Breda.»

Llamar ciencia á cualquier tanteo científico, prueba que la prosa es un gran medio para hablar sin saber lo que se dice.

¿Quién les ha dicho á los señores que se dignan *no desdeñar la poesía*, que hay más ciencia que la metafísica? ¿Dónde están los principios absolutos que hacen una ciencia de la política ni de la historia?»

Cuando el Sr. Campoamor echa esos cohetes, prende esos petardos y lanza al aire esos graciosos globitos de goma, llenos de aire, hay que celebrar su ingenio, abundante en recursos, rico, muy rico, millonario! Hay que cederle la acera con todo respeto, aclamarle como se aclama al jugador de manos que acaba de maravillarnos con su destreza; y seguir luego el consejo de Clarín: no hacerle caso. Porque el Sr. Campoamor, encaprichado en no ser viejo nunca, tiene á la ciencia y á la prosa esa mala voluntad que le tienen al *dómine* los chicos; y al hablar de ellas tal parece que les está disparando arvejas ó bolitas hechas con miga, como pillín malcriado, desde el pupitré de la escuela. Cada frase es un gracioso *piéd de nez*. ¡Qué muchachadas tan irrespetuosas y á la vez tan bonitas son estas de Campoamor! ¿Conque no hay más ciencia que la metafísica? ¿Conque la historia y la economía política..... etc... .. etc..... son *tanteos*? ¡Qué gracia y qué travesura tiene todo esto!

La frase que causó la mohina de Campoamor es simplemente sándia. Los pelucones del Ateneo no *desdeñarán la poesía*..... ¡Pues ya lo creo! ¡Cómo habían esos viejos verdes de mirar con desdén á muchacha tan guapa y tan frescota! Divina es la poesía, como asevera Campoamor, y si álguien, por darse ínfulas de hombre sesudo y grave, le hace dengues, provoca á risa como el hipócrita Tartuff cuando por simulada repugnancia se cubre los ojos para no mirar el rozagante seno de la fámula.

Pero la ciencia no es tan arisca y lagañosa como el poeta la pinta, ni tampoco ha merecido la prosa el aguacero de improperios que Campoamor le echa encima, precisamente cuando el muy ingrato se está sirviendo de ella para desahogar la cólera y rendir culto amoroso á la Dulcinea de sus ensueños. Que para el Dante fuera Beatriz

la más hermosa de todas las mujeres, puesto en razón está; pero si el Dante, por halagar á su adorada, hubiese dicho que las demás hembras eran todas feas de eucargo, habría caído en la injusticia más imperdonable.

Campoamor no se tienta el corazón para aporrear á la prosa. La llama *jerga animal del ser humano*. «La prosa—dice,—no es arte, como no lo son el gorjeo ni el balido. ¿Qué mérito artístico puede haber en coger un sustantivo al acaso, echar sobre él un epíteto vulgar, dando algún movimiento á esta oración inicial con un verbo cualquiera? ¿Qué diferencia hay entre esta articulación informe y la jerigonza gutural de algún animal casero? ¿Se puede llamar arte el aprender á usar trescientas palabras, vocabulario más extenso de muchos seres racionales, cuando aprendan treinta por lo menos, los tordos, las urracas y los loros?»

¡Por Dios, señor Campoamor, se puede cantar sin romper los vidrios! ¡Y quién dice tales abominaciones de la prosa! Precisamente el poeta español que más prosa *ha* mezclado á la poesía! Porque el Sr. Campoamor—y aquí me agazapo y escondo para que no me pegue,—es como el M. Jourdan de Molière, que siempre había hablado en prosa sin saberlo. Su poesía no calza el coturno como la de Núñez de Arce; no es rígida ni escultural, ni impecable; no vuela en alas de la oda; no está vaciada en la turquesa neo-helénica de Chénier y Menéndez Pelayo; no es música ó melodía como la de Zorrilla, ni culta y acicalada como la de Valera: es poesía despreocupada, suelta de ropas y cabello; poesía que anda á pie, toma un coche y viaja en ferrocarril, poesía que recoge del torno muchos vocablos expósitos, de esos que no nacieron en cuna de oro y de marfíl, pero que no por ser pobres, son menos expresivos y valiosos; poesía, en suma, que se codea con la prosa, y le toma muchas locuciones, muchos giros, hasta en el modo de andar, hasta los gestos. De esa poesía hay mucha en Francia, mucha en Alemania, mucha en Inglaterra; pero poquísima en España; y uno de los más relevantes méritos de Campoamor, en mi concepto, consiste en haberle dado carta de ciudadanía y aceptándola como castiza. La mejor prueba de que en las poesías de Campoamor hay mucha prosa, es que muchas frases, muchas imágenes, muchas oraciones casi, de los *Pequeños Poemas* del *Drama Universal*, etc., etc., estuvieron antes en prosa (hasta que el Sr. Campoamor las *desamortizó*) en los escritos de Michelet, de Victor Hugo y de otros varios. No hago por esto un capítulo de car-

gos al poeta. ¡Dios me libre de caer en tamaña vulgaridad! Ya de la acusación de plagiarlo defendió á Campoamor contra Campillo, con muchos sofismas, mucha sutileza, mucho talento, y á pesar de todo, con muchísima justicia, el sutil, sofista é inteligentísimo D. Juan Valera.

Probado está que Campoamor no roba frases: no es padre de algunas, pero á éstas las ennoblece, les da los tres espaldarazos y les concede el honor de usar un título expedido por él. No de otro modo hacían, Napoleón el Grande mariscales, y Morelos caudillos. Sobre todo, el Sr. Campoamor no despoja, no explota á los pobres: cuando está perezoso, ó de mal humor, desbalija á los ricos..... mejor dicho, les quita sin consultar su voluntad, exígua suma de estilo, á la que él, como socio industrial, fecunda y vuelve productiva. ¡A Campoamor sí que le roban descaradamente todos los sacapañuelos de la literatura hispano-americana! Por fortuna él tiene, con su caudal propio, y no con el ajeno, para dar y prestar eternamente.

Esto no quita, sin embargo, que tenga en sus poesías muchos versos que estuvieron antes íntegros en prosa. ¿Por qué maldecir, pues, á tan amable colaboradora?

Bien sabe el autor del «Licenciado Torralba»—¡hasta el vocablo *licenciado* es muy prosaico!— que hay poesía en prosa; que la poesía no ha menester del consonante ni del verso medido..... ¡vamos! ¡si él se permite hacer á cada paso versos que no son versos, pero sí poesía! Los *Miserables* de Hugo están en prosa ¡y cuántos versos ha encontrado en ellos Campoamor! Porque son perleros, porque son minas, porque son criaderos de oro, porque Víctor Hugo, al escribir un libro en prosa, hacía una Golconda ó una California para que los poetas la explotaran. El verso de Campoamor, maldiciendo de la prosa, es como el hijo que niega á la madre.

Tiene razón Clarín: á Campoamor, «excelente prosista en prosa y en verso» cuando habla mal de la prosa «no hay que hacerle caso.» Cómo he de tomarlo en serio cuando dice en el artículo á que aludo, que «Tácito, comparado con el Dante, es un hablista de bodegón.» ¿Cómo he de creer, ó francamente hablando, cómo he de entender lo que allí mismo dice: «Los hechos no son más que los flecos de la tela de las ideas?» Pero que hable Campoamor y que maldiga de lo que le plazca: ¡siempre hablará bien!

A fuerza de oírse llamar plagiarlo, por los necios, él, acaso y sin acaso el poeta más original de España! se esfuerza en ser origi-

nalísimo.... en otra acepción de la palabra. Y una de sus originalidades consiste en que está descontento de sí mismo y en que quiere ser otro. Dice que es católico, y dado caso de que sea católico este epicúreo, será un católico muy pecador, una Magdalena — en hombre por supuesto, — todavía no muy cerca de la penitencia; dice que es filósofo, y eso sí que no lo es; dice que aborrece la prosa, y hasta al escribir en verso, escribe en prosa poética..... ¡Qué más! En el artículo de que hablo asienta esta blasfemia, este sacrilegio: «Yo nunca he presumido de poeta: sólo me precio de ser agricultor.»

¡Esta sí es novedad, para los hispano-americanos, cuando menos! ¿Agricultor Campoamor.....? Pues que escriba otras *Geórgicas*. Y es muy capaz de hacerlas como *aquéllas*, porque este católico, este filósofo, este antiprosista, este anticientífico, sólo es un eminentísimo poeta: *Onorate l' altissimo poeta!*

